

Fe, fortuna y felicidad

AMANDO DE MIGUEL

La religión es el dominio de lo sobrenatural. No sólo cabe elevarse de lo natural para recuperarlo. Hay otras formas de exceder la naturaleza. Entramos en el recinto de lo mágico, lo que va más allá de la lógica racional, lo que *no se ve*. Anticipo algunos datos del estudio sobre *La Sociedad española* que próximamente se va a publicar bajo los auspicios de la Universidad Complutense.

La religión no es el único dominio que admite la fe, esto es, la creencia en lo que está más allá de la razón o de la experiencia. La sociedad española puede haber perdido algún punto de fe religiosa, pero conserva una buena dosis de creencia en la suerte, que podríamos interpretar como una especie de alternativa secularizada de las nociones cristianas de la Providencia o el milagro. Según nuestros datos, cerca de las tres cuartas partes de los españoles creen en la suerte y cerca de una tercera parte en los gajes (personas que se supone que atraen la mala suerte). Esta última proporción se eleva considerablemente en Andalucía (40%), pero mantiene un nivel suficientemente alto en el resto de las regiones, si partimos de la consideración del carácter irracional de tal creencia. No hay ninguna indicación de un cambio generacional en este apartado de la creencia en la suerte o en los gajes, a pesar de que las personas con menos edad se hallan más instruídas. Ahora bien edad por edad, el grado de instrucción sí interviene como un factor explicativo. Cuanto menor es el nivel educativo, más se refuerza la creencia en la suerte y en los gajes.

Se podrían interpretar esas creencias como una especie de secularización del concepto cristiano de Providencia. La observación de los datos no permiten una conclusión terminante. Únicamente se observa que la creencia máxima en la suerte o en los gajes corresponde al grupo de los católicos no practicantes y se minimiza en los arreligiosos. Se cree en la suerte cuando existe una identificación religiosa previa, pero aminorada por una débil práctica. Las personas arreligiosas rechazan tanto la noción cristiana de Providencia como la versión secularizada de la suerte.

Crear o no en la suerte compromete poco. Es mucho más significativa la sensación de que la suerte le es a uno más o menos propicia. Ante este estímulo, predomina una actitud más bien confiada: un 41% de las personas consultadas consi-



deran que tienen buena suerte, un 47% ni buena ni mala y sólo un 13% reconocen que tienen mala suerte. Con datos similares sobre la creencia en la suerte (son más los que se consideran con buena que con mala suerte), concluye un reciente estudio que «el pesimismo vital, el derrotismo, la creencia en un *fatum* adverso parecen poco extendidos en nuestra sociedad. Estamos ante una cuestión de etiquetas. Uno puede ser pesimista y confiar en que va a tener suerte. El pesimismo es más bien una proyección sobre las acciones de los demás. Precisamente al que le va mal en la vida puede confiar que, como compensación, le va a tocar la lotería. La sabiduría popular lo dice: *desgraciado en el juego, afortunado en amores*, aunque también se podría decir al revés. La suerte vendría a ser una compensación de las desgracias personales. La dimensión pesimismo-optimismo se detecta

mejor cuanto preguntamos por el grado de felicidad con que se reconocen los entrevistados. Un 18% son muy felices, un 60% bastante felices, un 19% poco felices y un 3% nada felices.

Vamos a realizar un análisis combinado de esas dos dimensiones de la satisfacción con uno mismo que significa la suerte y la felicidad. Aquí tropezamos con el sesgo esperado de que normalmente se tenderá a ocultar que uno es desgraciado, que carece de felicidad. *Desgraciado* o *infeliz* son términos con un deje de desprecio o de conmiseración, que se emplean casi siempre para otros, no para uno mismo. La ley del disimulo social hace que aparenten ser felices muchos que no lo son (*a mal tiempo, buena cara*). De ahí que, a efectos prácticos, el análisis que sigue elige el indicador de las personas que se consideran poco o nada felices. Es más raro el sesgo contrario, el de

una persona que diga que no es feliz, siéndolo.

Tanto felicidad como suerte, cuando se aplican a uno mismo, se corresponden muy bien con la clase social. A medida que la posición social se hace más modesta, crece lo que podríamos llamar desconfianza, tanto respecto a la suerte como a la felicidad. En cambio, la edad no marca variaciones sensibles. Esa asociación con la clase social indica que la suerte o la felicidad se traduce con indicadores objetivos. No sólo se rebate la tradicional impresión de que *el hombre feliz no tenía camisa*, sino que más bien se prueba lo contrario, que ese hombre feliz disfrutaba de una posición desahogada. Por lo mismo, estamos muy lejos de que se realice el comentario que se repite al hilo del sorteo de la lotería de Navidad: «el premio ha estado muy repartido», que significa realmente un deseo de que haya tocado a mucha gente humilde. De nuevo hay que señalar la impresión contraria que se deriva de nuestros datos: al menos como percepción subjetiva, la buena suerte y la felicidad es más probable que acompañen a las personas de clase alta. Seguramente les toca más la lotería, al menos por la elemental condición de que, cuando juegan, invierten más dinero.

Una imagen muy popular es la de que *los gordos son más felices*. Nuestros datos no justifican tal creencia, ni tampoco la contraria. No hay ninguna relación entre la complexión y el estado de felicidad. Lo que sí aparece para las mujeres es que, sean gordas o delgadas, si hacen algo por adelgazar, se corresponde con una proporción algo mayor de las que se consideran muy felices. El parentesco es más claro respecto a la atribución de buena suerte. Solo las mujeres revelan una cierta correspondencia con la complexión, pero resulta que son las delgadas las que destacan por tener mejor suerte. Lo realmente señalado es que, con independencia de que las personas sean gordas o delgadas, si hacen algo por adelgazar, se atribuyen mejor suerte que si se conforman con el peso que tienen.

Hay que sospechar que tanto la felicidad como la fortuna no son fuerzas ciegas, que planean al azar sobre los individuos, sino que contienen algún elemento voluntarista. Dicho de otro modo, la felicidad o la buena suerte se tienen cuando se hace lo suficiente por conseguirlas.

Amando de Miguel es sociólogo.

Salir y entrar

MANUEL ALCANTARA

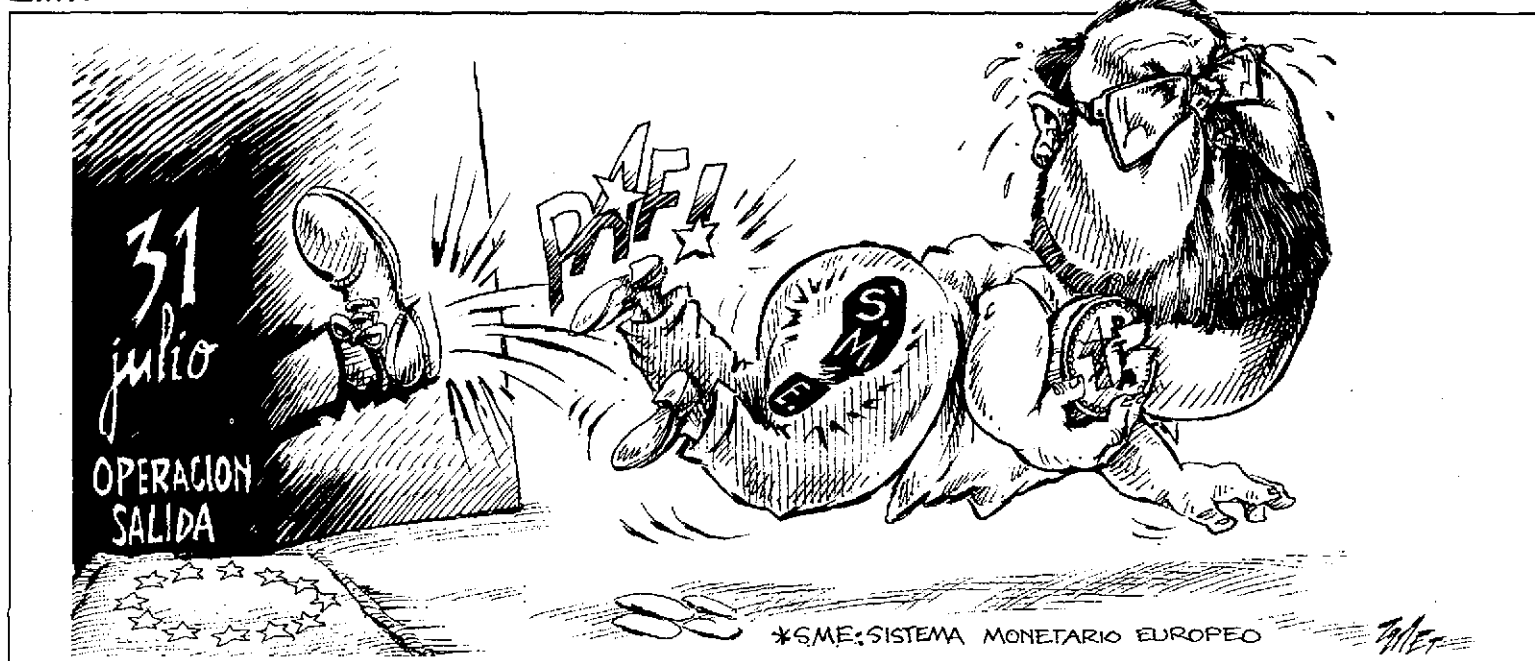
EL paro es imparable. Quizá por eso, el Círculo de Empresarios, para salir del círculo vicioso del fraude del desempleo, pide el recorte del seguro y el abaratamiento del despido. España, que ocupa el puesto antepenúltimo en tantas cosas, gracias a la existencia de Portugal y a Grecia, es el segundo país europeo en duración de las prestaciones, pero con 3,4 millones de compatriotas silbando con las manos en los bolsillos la situación es insostenible, sobre todo para quienes la sostienen y no la enmiendan.

La primera reunión negociadora del pacto social a tres bandas ha terminado en combate nulo, pero algunos pueden encontrar un puesto de trabajo investigando a quienes no lo tienen: se hará una auditoría para detectar la farsa del desempleo, que convive con la tragedia.

Los datos se revelan mortales: el gasto medio por hogar, dulce hogar, ha caído un 0,71 por ciento en los seis primeros meses de este año de desgracia. Eso significa que es muy caro andar zascandileando por la calle, encontrarse a un amigo y tomarse un par de copas con él, o no encontrarse a nadie y tomarse otras dos, pero tampoco es barato permanecer en casa. Es económicamente peligroso asomarse al exterior, pero tampoco es seguro quedarse tranquilamente en casita, aunque no llueva. Los presupuestos familiares han encogido y ya no sirve la receta de Pascal, que decía que todos los males del hombre provienen de no saber quedarse en su habitación. Aunque uno permanezca sentado en una butaca, la peseta sigue devaluándose infatigablemente. Se conoce que no tiene otra cosa mejor que hacer en estos días veraniegos. Si tuviera tan buenos defensores como Juan Guerra, que va a resultar que es tan pobre como antes, que no tuvo nunca despacho, ni hermano, ni tomó café, si la peseta tuviera defensores, digo, no se vería como se está viendo. No se puede salir a la calle, pero tampoco conviene quedarse en casa, ya que han subido los gastos hogareños.

Nos pasa como al Gobierno: no sabemos qué hacer. Sobre todo, los que siempre hemos hecho a disgusto dos cosas: salir de la casa y volver de la calle.

Zulet



Las Frases

Los nuevos pícaros, como Juan Guerra, se cuelan por los huecos de las Leyes
FEDERICO TRILLO
Diputado del PP

Intentaré que rectifiquen todos aquellos que me han insultado y vejado
JUAN GUERRA
Hermano de Alfonso Guerra

En este país, y de una manera urgente, necesitamos una operación manos limpias
ANTONIO ROMERO
Diputado de IU

El pesebrismo es la mayor amenaza que existe para la libertad de expresión
FEDERICO JIMENEZ LOSANTOS
Periodista